

FRANCIS JAMMES (1868)

Silencio

SILENCIO. En el postigo, después, la golondrina
traza un rumor azul en el aire azulado,
sola. Dos zuecos luego se arrastran por la calle.
La campiña está pálida, mas ya por el espacio
reverbera el azul que da calor al día.
Y yo pienso en amores, en amores que antaño
habitaron los parques de las bellas comarcas
abundosas en viñas, en maíz, trigo y heno.
Pavos reales azules revoloteaban vanos,
y había hojuelas verdes en los cristales verdes
que mostraban, verdoso, un cielo reflejado.
Las cadenas temblaban en el establo umbrío
con el claro sonido de entrechocados vasos.
Y pienso en el castillo secular de la finca,
pienso en los cazadores que en albas de verano
se alejaban gozosos entre un ladrar de perros...
Encerada brillaba la gran escalinata:
muy alta era la puerta donde los desposados,
al ver que los abuelos se marchaban, reían
y enlazaban sus brazos y juntaban sus labios,
mientras en su escondite las liebres travesaban.

¡Qué hermoso era aquel tiempo en que muebles Imperio
lucían sus barnices y cobrizos reflejos!...

Todo era encantador, simétrico y feúcho
como el sombrero oscuro de Napoleón primero.

También pienso en veladas en que las doncellitas
jugaban al volante junto a la airosa verja.
Usaban pantalones que asomaban debajo
de faldas circunspectas, cubriéndoles las piernas:
Hermínia y Celamira y Clemencia y Coralia
y Julja y Amenaída y Atenaida y Zulmira;
sus sombreros de paja llevaban cintas largas.
Un pavo real azul se trepaba en un banco.
Un último volante lanzaban las raquetas,
y el volante se hundía en la noche y las frondas,
en tanto retumbaba, lejana, la tormenta.

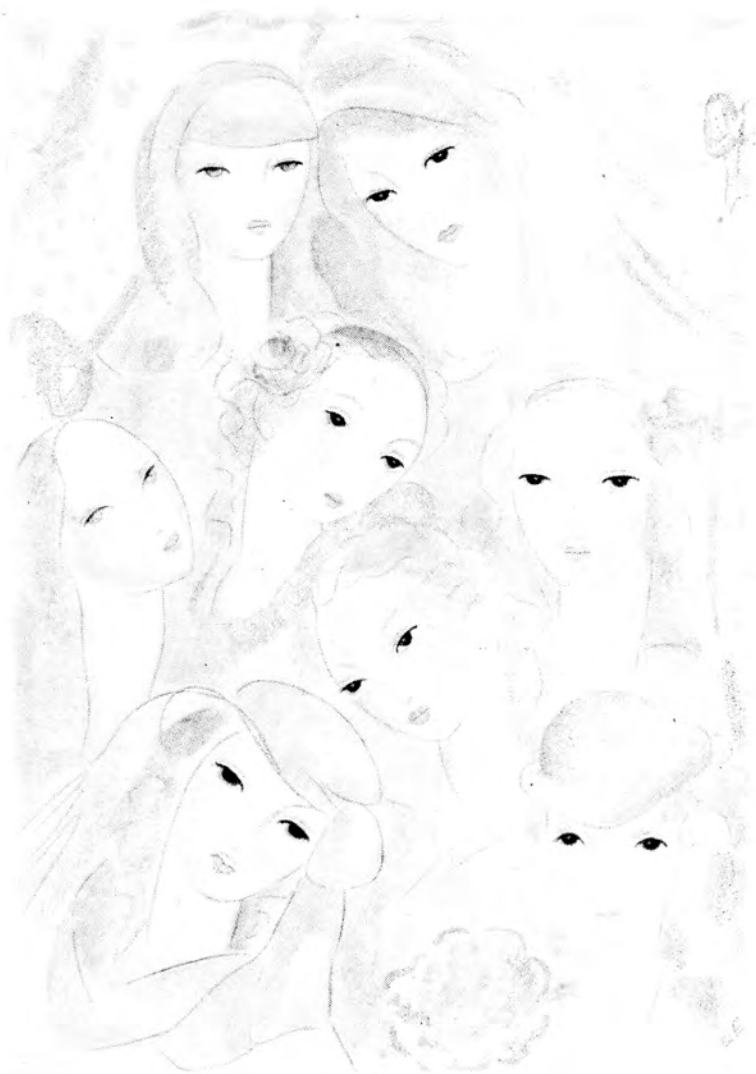
(De *l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir*,
ed. *Mercur de France*, 1898.)

Al Sacré-Cœur, la niña...

AL Sacré-Cœur, la niña va como pensionista.
Es una jovencita muy delicada y blanca.
Todas las vacaciones, al tiempo de las flores,
llega en su carretela, debajo de las ramas.

Desciende por la cuesta suavemente. Su coche
es pequeñito y viejo. No posee opulenta
fortuna. Me recuerda las antiguas familias
de hace sesenta años, bondadosas y honestas.

Me recuerda las lindas colegialas de entonces
con nombres rococó, con nombres deliciosos
de libros para premios, verdes, rojos, olivas
con un adorno oval, con un título de oro:



"Clara de Ellébeuse, Eleonora Derval,
Victoria de Etremon, Laura de la Vallé,
Lía Fauchereuse, Blanca de Percival,
Rosa de Liméreuil y Sylvia Laboulaye."

Clara de Ellébeuse. Eleonora Derval,
 Victoria de Etremont, Laura de la Vallé,
 Lía Fauchereuse, Blanca de Percival,
 Rosa de Liméreuil y Sylvia Laboulaye.

Y pienso en colegialas que iban de vacaciones
 a fincas que aún rentaban; que comían manzanas
 y rancias avellanas, frente al pavo real
 del parque fresco, umbroso, con las verjas doradas.

En esas casas siempre la mesa estaba puesta,
 comían muchos platos entre sonoras risas.
 La ventana dejaba ver el césped verdeante
 y brillaban los vidrios cuando el sol descendía.

Luego un apuesto joven desposaba a la niña
 — la blanca jovencita que reía en el lecho
 cuando él le besaba, jugando, la cadera.
 Y tenían hijitos, pues sabían hacerlos.

(De l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir.)

Estación termal

CIGARRA de estos árboles en que siempre has posado:
 El claror de la luna con lo azul del rocío
 Reinaba en este sitio. Tu pífono excitado
 Por la orquesta encantaba a muertos de otro estío.

(Premier Livre de Quatrains, ed. Mercure de France, 1923.)